

La garita de seguridad

Nahuel Vasquez



LA GARITA DE

SEGURIDAD

Nahuel Vasquez

Capítulo 1

La garita de seguridad

Son las 23:30 horas del jueves, voy en mi moto a cubrir mi puesto de trabajo en la garita de seguridad de la calle San Martín al 5500 esquina 9 de Julio. Un laburo que me consiguió mi primo Marcos, hace unos meses, por medio de su suegro Adrián Gomensoro. Adrián, que desde entonces es mi jefe, tiene una compañía de seguridad poco confiable.

La idea de estar encerrado en un metro cuadrado ocho horas no me encanta, pero la plata que me pagan no está nada mal, me permite estudiar para la facultad, además me dan mi propia linterna y radio. La radio la tengo sintonizada en el canal 6 y en caso de problemas apretó el botón, comunico el asunto y el que está del otro lado de la radio (solo Dios y mi jefe saben quién será) llama a la policía y asunto resuelto.

Siempre imagino el día que me echen:

-Luca, deja tu arma y tu placa, antes de retirarte (diría mi jefe, con tono punzante).

Y yo despojándome de todo el honor que puede tener un detective de la ciudad de New York dejaría mi linterna y la radio sobre el escritorio.

En definitiva mi trabajo tiene pros y contras, pero lo mejor de todo y que hace más llevaderas las noches es: "Don Carlos Gutiérrez". El todos los días antes de la 1 de la madrugada me trae un café, bien cargado, con galletas que hornea su señora. Me ha contado que tienen un hijo policía que suele hacer guardias nocturnas y le hago acordar a él. "Don Carlos" es loco por el fútbol y jura que Independiente ganará la libertadores este año. Nuestras charlas de fútbol de 15 minutos son una cátedra, tiramos como 10 alineaciones posibles para la selección. La conversación dura hasta que lo llama su señora, "Doña Luisa", a dormir. Luisa siempre me saluda por la ventana, ya que ellos viven en la casa de la esquina, donde justo se encuentra mi estrecha y blanca garita. Carlos, cada día, se retira con mi taza vacía y un paso lento pero firme hacia el umbral de su puerta.

Son las 23:55, estaciono la moto, entró en el sarcófago de plástico, enciendo la luz, cuelgo mi campera y empiezo a vigilar las calles.

Es un vecindario semiprivado muy tranquilo, nunca he tenido que hacer uso de mi intimidante radio, y desde que colocaron el puesto de seguridad cesaron cualquier tipo de hechos delictivos. Personalmente la única casa que me llama la atención es la que está a mitad de cuadra a mano derecha, sobre San Martín. Tiene todas las cortinas cerradas permanentemente, una puerta antigua con un accesorio de bronce en el centro de forma circular que aparentemente sirve para golpear (no se quien se atrevería llamar a tan escalofriante recinto) y su vereda siempre está llena de hojas, calculo que no se limpia desde el 1800.

Según "Don Carlos" está abandonada hace tiempo, pero desde el primer día que estoy en éste ataúd, que es mi puesto de trabajo, desde la ventana del segundo piso de la casa, exactamente a las 03:30, se vislumbra un reflejo, una luz que se escabulle entre las cortinas de antaño y no dura ni 5 minutos.

Son las 00:45 y veo llegar al viejo "Don Carlos".

-¿Cómo anda maestro? (Siempre lo saludo de la misma manera)

- Bien, bien flaco. Hoy mi señora hizo bizcochuelo marmolado. ¡ Una delicia!

-Muchas gracias, Doña Luisa tiene mano para todo. Por cierto "Don Carlos" hoy voy a filmar la casa aquella y va a ver como se prende la luz del segundo piso.

-Estás viendo demasiadas películas de terror pibe (dijo en tono burlón). En esa casa no vive nadie, haceme caso que vivo acá hace 30 años y conozco a todos los vecinos. (Siempre se jactaba de ser el que primero se mudó al barrio).

Me estaba terminando el café con el bizcochuelo cuando se escuchó el golpe en la ventana de "Doña Luisa", el cual le indicaba a su esposo que es la hora de dormir. Le hice un gesto de aprobación a Luisa (aquel bizcochuelo era la gloria), le estreche la mano a "Don Carlos" y me dispuse a cumplir mi trabajo. Esa noche estaba más ansioso de lo normal, tenía que probar que esa luz, aquella misteriosa luz se iba aprender, como todos los días y a la misma hora.

El tiempo transcurría muy lentamente, pero un detective de New York sabe esperar.

Son las 03:25 am, esta vez voy a estar preparado. Saco mi celular del bolsillo, con sigiló, prendo la cámara, me dispongo a apretar el botón de play y de repente ...

-Aaaaaaaaah (un grito desgarrador proveniente de la tenebrosa casa que tantas noches vigilé)

Del susto deje caer mi teléfono antes de empezar a grabar. Salgo corriendo por instinto en dirección a la casa (mi trabajo es cuidar el bienestar de los vecinos), por primera vez desengancho la radio de mi cinturón, apreté el botón y grito "ayuda" (siempre pensé decir: Tenemos una situación en la casa tanto..., cambio. Pero es lo primero que me salió: ayuda). Llego y golpeo la puerta de manera frenética, chocando la manija de bronce contra la arcaica madera, sin obtener respuesta.

Desesperado, estoy dispuesto a hacer lo que juré que jamás haría, entrar a esa maldita casa. Con el revés de mi linterna despojo a la ventana de su cristal, sin dudarle me introduzco en ella, dirijo la luz hacia la figura delante de mí y...

Me despiertan 5 minutos después, lo primero que miro alrededor mío es a la policía, médicos y a mi jefe. Trato de explicarles la situación, pero me dicen que ahí vive una escritora (por eso nunca vi entrar ni salir a nadie por las mañanas, ella trabajaba en su casa) con su hija de 7 años enferma de cáncer, que a las 03:30 am le toca tomar un medicamento, que se acuestan cada día a las 23:00 horas, que compraron la casa hace 6 meses a buen precio por su antigüedad (ambas necesitaban la tranquilidad del barrio "Remanso"), que tienen demasiados problemas como para limpiar la vereda, que esa noche la hija tuvo una pesadilla y se despertó gritando. Finalmente la escritora me pidió disculpas por haberme golpeado con un palo de golf en la cabeza pero no podía permitir que un loco que les rompió la ventana ingresara a su casa.

Son las 04:45 am, mi jefe me lleva a mi casa y me explica que debería tomar algún trabajo diurno porque estoy muy estresado y paranoico, de común acuerdo arreglamos una indemnización. Llegamos a mi domicilio, cuando estaciona le entrego mi linterna y mi radio (mi preciado honor de detective se iba para siempre). Al descender del vehículo le estrecho mano y le digo:

-Por favor discúlpeme Adrián, yo juraba que esa casa estaba abandonada.

-Luca ya te dije que está todo bien. Para tu tranquilidad te cuento que la única casa desocupada de la cuadra es la de la esquina... La del matrimonio Gutiérrez, los pobres viejos vivían solos, murieron en un accidente de tránsito hace un año. Fue todo muy triste ellos eran los primeros residentes del barrio me han contado, ahora su hijo está tratando de vender la casa. En fin, quédate tranquilo que si no viste nada extraño ahí es porque estas bien de la cabeza. Dales mis saludos a Marcos. ¡Ah! Mañana le digo a la grúa que te acerque la moto.

Pone el auto en marcha y se aleja en la desolación de la noche.

Fin.

Nahuel Vasquez